Nostalgias de conciencia

Pasajes chiapanecos I / 1973

Arena María

Cada miércoles, al filo del mediodía, en una casa de la calle de Corina, frente a la Prepa 6 en Coyoacán, un padre francés del Centro Universitario Cultural nos hablaba acerca de las bondades del evangelio:

—Cristo ama la pobreza.

—Cristo ama la humildad.

—En la sencillez se encuentra la tranquilidad y en el compartir la felicidad.

Jóvenes como éramos, creímos en el ideal. El padre nos animó a palparlo

—Vamos a la sierra de Chiapas.

En un elevado acto altruista, el gerente de la línea de autobuses "Cristóbal Colón" obsequió a nuestro padre dominico catorce boletos de autobús a San Cristóbal. La noche del Domingo de Ramos tres mujeres y once hombres soportamos entre *sleepings bags* los húmedos y fríos coletos en el suelo de una casa prestada, a espaldas del templo de Santo Domingo.

A las cuatro de la mañana, helándonos entre la niebla, subimos al camión de redilas que nos conduciría al paraje de Los Chorros, a unas cuantas horas de camino de San Pedro Chenalhó. Al anochecer, y después de caminar kilómetros, llegamos por fin a uno de los internados indígenas del INI. En las únicas tres terrazas planas, sobre la imponente ladera serrana, se encontraban los dormitorio el comedor y la cancha de basquetbol. Obviamente no había luz eléctrica. Había baños pero no agua. La cocina era sólo un cuarto con un fogón.

El paraje era un paraje. Es decir, una casita aislada por aquí, otra casita por allá, nada que pareciera un pueblo. Se extendían a lo largo de una profunda cañada, en cuyo fondo se adivinaba un río. Las casas eran pobres. Se podía ver su interior a través de las paredes. ¡Y con ese frío!

El padre nos envió a todas las casas para invitar personalmente a los servicios religiosos. El paraje tendría un cura toda la semana. No fue una buena idea. Casi nadie hablaba español. Los hombres nos miraban con desconfianza. ¿Las mujeres?, ni sus luces. Los niños andaban en bola atrás de nosotros. Mi tía Elvira había empacado junto con mi ropa una bolsa llena de caramelos de colores. Con ellos atraíamos a los únicos niños que se nos acercaban.

La humildad se esfumaba apenas veíamos las liendres en los cabellos sucios, los ojos infectados de conjuntivitis, y los piojos saltar alegremente entre los cotones de lana cruda. La expresión de asco desilusionaba a los niños. Acababan por alejarse.

♦♦♦

Al ver el animado partido de basquet entre mis compañeros comprendí que todos habían abandonado las invitaciones. Mis aspiraciones de antropóloga se negaban a claudicar. Libreta en mano me dirigí a la primera casa en donde me sonrieron. Un hombre casi viejo, sin dientes, sumamente delgado, me franqueó la puerta de su casa. Oscuridad. Humo. Al fondo, hincada frente el fogón, una india apenas me vio, cubrió su cabeza.

Me senté en el suelo, ligeramente húmedo. El llanto de un niño obligó a la mujer a mirar a otro lado que no fuera el suelo. Un bebé, sucio y semidesnudo, gateaba por todo el cuarto. Frente a nosotros, un metate con granos de maíz a medio macerar indicaba la hora de la comida. Silenciosamente y con una expresión casi amistosa me acercaron un burdo cajete de barro lleno de pozol, su poco apetitosa apariencia casi me hace olvidar su hospitalidad. El sabor a masa me devolvió inesperadamente su sabor primario. Ni dulce ni salado, maíz.

No aguanté mucho tiempo. La suciedad, la oscuridad, los piojos y los monosílabos a mis preguntas fueron demasiado. Intenté despedirme de mano y la mujer, desconcertada, sólo acertó a mirar al hombre y voltear al suelo. Al salir comprendí por qué no había mujeres fuera de las casas. Los hombres no les daban permiso de salir. Hasta para mirarnos o hablar deben solicitarlo.

Sin embargo, pude ver salir a todas las mujeres. El padre decidió que el Domingo de Resurrección bautizaría a todos los niños del paraje que no lo estuvieran. Como el cura que venía esporádicamente de San Pedro cobraba por la aplicación del sacramento, todas aprovecharon la oferta. Obtuve el honor de llenar los recibos que daban fe del nombre de los padres y de los hijos. Ahí estaba, en medio de enredos azules y tapados blancos con bordes rojos bordados. Decidieron tenerme confianza cuando, por medio de Ramoncito, un niño que hablaba español y tzotzil, le pregunté a una mujer el lugar de nacimiento de su primer mellizo y volví a repetir la pregunta con el segundo. Todas rieron, ni modo que se hubiera ido corriendo a otro lado a tener a su otro hijo.



Fue una semana santa memorable. Los santos de la ermita de la parte alta del paraje se reconciliaron con los santos de la ermita de abajo. Entre cantos agudos, guitarras roncas y arpas que repetían hasta el infinito las mismas notas, unimos dos procesiones justo a la mitad del camino. La abrupta serranía, la profunda cañada y olor a humo de nuestros anfitriones, fueron el escenario que permitió al padre ejecutar la ceremonia del lavado de pies a más de doce tzotziles. Difícilmente encontraríamos pobres más pobres ante quienes realizar semejante acto de humildad.

Ante la noche y el aroma de copal de las chozas cobramos conciencia del universo. Las escenas de la pasión fueron desgarradoras. No sólo por el sufrimiento del Cristo que cargábamos, sino por la forma en que los indios oraban ante él. Parecían animales heridos. Aun cuando habláramos su idioma no hubiéramos tenido a la mano palabras de consuelo. ¿Cómo consolar al que come sólo una

♦♦♦

bola de maíz al día y a veces ni eso? ¿Cómo a las mujeres que envuelven cuidadosamente entre hojas tiernas de mazorca cada uno de los huevos de sus gallinas para llevarlos a vender a San Cristóbal caminando esa sierra sin valles? ¿Cómo entender la humillación cotidiana de la ignorancia? Fue el momento de nuestra mayor incomodidad.

En las noches, alrededor de una fogata, intercambiábamos experiencias. Una caminanta por los alrededores. La belleza de la cascada o chorro de agua que da nombre al paraje. La pureza del paisaje. La sorpresa de haber encontrado en una casita, al fondo de la sierra, botellas chiquitas de coca cola. ¿Cómo llegaron? A puro lomo de indio. El pago de las galletas tuvo que hacerse en montones de cinco en cinco, el dueño no sabía otro modo de cobrar.

El espanto de ser atacadas por una manada de puercos atentos a nuestras furtivas idas al baño nos hacían gritar con tanta fuerza que las familias de los alrededores reconocieron nuestras costumbres sanitarias.

Llegó el Domingo de Resurrección. Los bautizos se efectuaron en la ermita de abajo. El interior, muros blanqueados y austeros, era dominado por un crucifijo sin Cristo, cubierto por todos lados de lienzos y lienzos de telas baratas. El piso, de tierra, se encontraba totalmente cubierto de juncia, las delgadas y olorosas hojas de los pinos. Aprendí a ligar en mi memoria el olor de la juncia con el de la lana mojada. Los tzotziles huelen a bosque.

La misa fue en el interior. Los bautizos en la explanada de la ermita. Por la cara del padre creo que no esperaba lo que pasó. Cada niño bautizado era llevado por sus padrinos. Todos con botellas de *posch*. No bien habíamos acabado de rezar por los nuevos cristianos, cuando todos, absolutamente todos, se encontraban brindado con ese alcohol barato. De la manera más rápida que pudimos imaginar, los hombres, mujeres y niños comenzaron a rodearnos platicando alegremente. De repente cada uno de nosotros tenía a cuatro, seis, ocho personas hablando al mismo tiempo. No entendíamos. Nunca supimos qué fue lo que nos repetían con tanta vehemencia. Llegó el momento en que la borrachera fue tan evidente que nos comenzó a invadir el miedo. El padre nos llamó. Partimos a San Cristóbal esa misma noche.

Hubo cosas que quedaron en mí. En el internado indígena se educaban y aprendían el español cincuenta niños de los parajes cercanos. Ni una sola niña entre ellos. Las veces que intenté hablar con mujeres, todas sin excepción cubrían su cara con el cotón. Ninguna sabía español, por lo menos, yo no vi alguna que lo hablara. Cuando llené boletas de bautizo, a pesar de que el cura de San Pedro lo hacía por lo menos una vez al año, algunas registraron hasta cuatro niños. Sin ningún tipo de control, las mujeres fértiles suelen tener hijos uno tras otro, año tras año. ¿Cómo sobreviven madres e hijos? ¿Cómo logran embaucar a la desnutrición y las enfermedades?

El regreso a México lo hicimos después de pasear por San Cristóbal. No había entonces un solo semáforo. Los *hippies* que hoy día le dan un aire bohemio y cosmopolita no eran entonces tan aceptados ni tan numerosos. Los chamulas y los zinacantecos no habían adoptado ni los tenis ni la mezclilla. En el mercado de San Cristóbal no se cobraba a los turistas por cada toma fotográfica que capturara la imagen única y momentánea de los sobrevivientes de los antiguos mayas. Éstos, por increíble que parezca, no alcanzaban todavía el privilegio de transitar por las banquetas. Ciudad estacionada en el pasado. Ciudad real, asiento del ladino. Ciudad real, pretérito espejismo.♦